

FILMS de AMOR

MONTAÑA TRÁGICA



Num.
281

Cms.
25

Hans Back-Gaden-Hilda Rosch

FILMS DE AMOR

DIRECTOR PROPIETARIO: EDITORIAL
RAMÓN SALA VERDAQUER

REDACCION ADMINISTRACION Y TALLERES:
Valencia, 234-Apartado 707-Barcelona

"ALAS"

AGENTE DE VENTAS
Sdad. Gral. Española de Librería - Barará, 14 y 16 - Barcelona

AÑO VII

APARECE LOS JUEVES

NÚM. 281

MONTAÑA TRÁGICA

Adaptación en forma de novela de la película del
mismo título, interpretada por el actor

HANS BACK-GADEN

Narración literaria de ALFREDO DARNELL

Exclusivas MEYLER FILM

Producción Dr. Nusser

Aragón, 236

Barcelona

REPARTO

Jack Herrenhofer	Hans Back-Gaden
Helena	Hilda Rosch
Ana Duloit	Anna Waag

Argumento de dicha película

PRIMERA PARTE

El reverendo Albert Keiegen, una vez terminados los cuidados de su parroquia, se encerraba largas horas en su casa, trabajando en recopiar las leyendas del país. En la chimenea el fuego no cesaba nunca y a ratos, su mirada se posaba en la llama que oscilaba castigada por el aire que descendía del exterior.

Leía los manuscritos que los antiguos monjes iluminaban con acuarelas, viñetas y adornos afiligranados. Aquella noche, se había detenido ante un párrafo, que parecía escrito por un contemporáneo:

“... y cuando veáis hervir las aguas del lago, en la gruta de la montaña... ¡huid, hombres, mujeres y niños!...”

Quien había escrito aquellas palabras debía haber vivido en Nemlos, aquel pueblecito perdido entre las montañas del Tirol. El también había visto hervir las aguas del lago en la gruta de la montaña, y esto le tenía inquieto.

—Reverendo, ¡Reverendo!

Una voz angustiada se dejó oír, mientras unos puños golpeaban enérgicamente la puerta.

—¡Abra usted en seguida!

—¿Qué sucede, Hans?

—Jack aun no ha vuelto. Estoy seguro de que la montaña ha temblado esta tarde, y tememos que le haya sucedido una desgracia.

—¿Y Elena?

—Su mujer está desesperada, señor. Es preciso salir inmediatamente en busca de su marido.

—Tienes razón, Hans. No hay tiempo que perder.

—He reunido algunos hombres, pero nos faltan las antorchas.

—Bien. Toma esta llave; es de la corraliza. Allí encontraréis cuantas antorchas os hagan falta.

—Gracias, reverendo.

—Yo os acompaño también, preparadme unos skis.

—No es preciso. Creo es preferible que os quedéis en el pueblo. El pánico no tardaría en apoderarse de todos, si temiesen que la montaña vuelva a temblar. Su presencia les devolverá la serenidad.

Mientras unos cuantos hombres iban a emprender la temeraria empresa de aventurarse



Mientras unos cuantos hombres iban a...

entre las nieves, por los barrancos y las hendiduras mortales, una mujer y dos chiquitines, temblaban de frío. Elena, la esposa de Jack Herrenhofer, trataba de hacer dormir a sus pequeños. Susana no habíase hecho rogar mucho, y sus ojillos azules pronto se habían cerrado, y ahora dormía llena su cabecita de sueños infantiles. Pedro, sin embargo, ya mayorcito, se acercó a su madre y se sentó en su falda.

—¿Lloras, mamá?

—No, nenito, es el fuego y el humo.

—¿Qué ruido es ese tan fuerte que se oye, mamita?

—Es el viento. Deberías acostarte, te puedes costipar.

—No me quiero meter en la cama hasta que papá haya vuelto.

—¿Por qué ha salido papá con este tiempo tan malo?

—Tenía trabajo. Pronto volverá.

El corazón de Elena, parecía querer reventar. Los sollozos se agolpaban en su garganta, y de no haber sido por el chiquitín, hubiese gritado de dolor.

—Parece una tempestad mamá—decía Pedrito—. La avalancha se debe haber desencadenado.

—No digas tonterías...

—Sí, he oído decir esta tarde, en la plaza a María Mirza, que las aguas del lago hervían.

—¡Cállate! Duerme, hijo mío. Yo misma te voy a acostar.

La escuadra de salvamento subía penosamente la montaña; llevaban cerca de dos horas de búsqueda sin encontrar el menor rastro. Se veían obligados a avanzar penosamente, pues la nieve, que era muy espesa, escondía bajo su blancura trágicos cepos.

Las luces de las antorchas brillaban en la oscuridad, y de lejos daba a aquellos hombres el aspecto de una procesión de cuento de hadas.

sobre sus cabezas silbaba furioso el viento, y a veces tenían que agacharse para no caer, tanta era su fuerza.

—¿Nada, Roberto?—decía una voz.

—Nada.

—No hay que desanimarse—repetía Hans, que dudaba, en ciertos momentos, de la utilidad de aquella exploración tan arriesgada.

—¡Alto!—gritó una voz—. Aquí.

—¡Aprisa, las palas, las palas! — gritó Hans.

—¡Cuidado! Es posible que aún viva, no hay que lastimarlo.

Efectivamente, tendido boca abajo, casi cubierto de nieve, y con la cabeza resguardada por el brazo, yacía Jack, que hacía rato había perdido el sentido. Al anochecer, cuando regresaba de sus exploraciones diarias en busca de cimas donde poder colocar los postes iniciales de lo que debía ser un funicular aéreo que diese vida a aquellos parajes solitarios, se vió sorprendido por una sacudida sísmica, aunque leve, hizo desprenderse algunas nieves de la montaña, y al caer le hicieron perder el conocimiento.

—¿Respira?

—Sí, pero tiene roto un brazo. Hay que colocarlo en la camilla. Fritz y tú, Carl, cuidad que no sufra ninguna sacudida. Es preferible tardar más tiempo en llegar al poblado.

—Ya lo decía yo—murmuró por lo bajo un

viejo—. Se enamoran de la montaña, de su blancura, de sus peligros, y un día...

—Cuántos han acabado así — contestó otro...—, siempre es lo mismo, se creen con energías suficientes para vencer a la Naturaleza, y ella les castiga.

—¡Callad!—gritó Hans—. En marcha.

Y el extraño cortejo emprendió el regreso, alumbrados por los haces de luz que reverberaban entre las rocas heladas.

Si ama usted

las emociones fuertes lea
la interesante novela

PRESTIGIO

cuyos intérpretes son
**Adolphe Menjou, Ann
Harding y M. Douglas.**

Precio:
UNA pta.

PEDIDOS A

Editorial "ALAS"-Apartado 707-3 Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones, completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

SEGUNDA PARTE

Al cabo de algunas semanas de reposo pudo Jack alzarse del lecho. El reverendo Albert Keiegen, que poseía extensos conocimientos de medicina, se había bastado para curar la rotura del brazo, y aunque en la actualidad le aconsejaba que no diese largas caminatas, Jack, de naturaleza ardiente e impulsiva, seguía obstinadamente los trabajos de lo que era para él su ilusión principal. Había que buscar una comunicación con el mundo, era insensato tener que permanecer aislados del mundo durante meses enteros. El funicular más cercano estaba a varias leguas. Por otra parte su negocio de aserrar maderas era cosa de muerte, si los productos no tenían salida.

A costa de grandes sacrificios había podido lograr Jack, si bien heroicamente ayudado por Elena, construir una de las mejores casas del Namlos, y en sus establos las vacas y las ovejas cada día se multiplicaban.

—Deberías descansar aún unos días, Jack —le decía Elena, mientras con una mano le alisaba los cabellos.

—No, Elena; si tú subieses a lo alto de los



Ana Dutoit

picos y vieses nuestra hermosa casa, el amor por este suelo te haría llorar.

—¿Tú crees que conseguirás que te escuchén en la ciudad?

—Sí. Me escucharán, no nos pueden abandonar como a los perros. Pero esto no tranquilizaría, sin embargo, si este funicular que ha de ser nuestra redención no fuese para ellos un magnífico negocio. Además, pueden fundar también aquí un Sanatorio para tuberculosos.

—Quién sabe...—dijo Elena. En su voz había una desilusión, pero este matiz no lo supo entender su marido. Elena se decía que la Montaña trágica tenía un renombre maldito. No se atreverían a emprender una obra, que un día podía venirse abajo, en una sacudida de las entrañas de fuego. Sus ojos azules se perdían a lo lejos, tristes, y contemplaba a su marido, a quien amaba intensamente y de quien desconfiaba desde hacía algún tiempo.

Su mismo amor hacia su marido le hacía temer el perderlo, y él le había hecho comprender que, desde hacía una temporada, no era el mismo de siempre.

Desde hacía unos dos meses vivía con ellos una joven llamada Ana Dutoit. A instancias de Jack, le habían mandado a esa joven como Secretaria, desde el funicular de San Justo. Ana y Jack se habían hecho amigos en se-

guida, y ella le alentaba en su ilusión de construir el ferrocarril.

Cierta mañana, mientras Jack trabajaba en la montaña, llegó a Namlos un extranjero, que se hizo conducir a casa de Jack, preguntando por Ana Dutoit.

—Buenos días, señorita Dutoit; ¿cómo siguen esos trabajos?

—Bien, Mr. Charlie.

—Ya lo sabía, siempre la he creído muy inteligente.

—Muchas gracias—respondió Ana un poco friamente.

—La Compañía está contenta de usted, y no será desagradecida. Y ahora debo prevenirle que vuelvo en seguida a marcharme. No tengo tiempo que perder. ¿Puede oírnos alguien desde aquí?

—Mejor será que bajemos al establo—dijo Ana.

Una vez llegaron al departamento donde se guardaban las vacas, Ana le dijo a Mr. Charlie:

—Puede usted hablar sin cuidado alguno; nadie puede escucharnos.

—Hemos recibido los reportajes que periódicamente envía usted a la compañía, y nuestra Gerencia ha acordado que por cualquier motivo, convendría que Jack Herrenhofer viniese a nuestras oficinas del Sanatorio. ¿Cree usted que eso es difícil de conseguir?



Jack Herrenhofer

—Oiga usted, Mr. Charlie—dijo Ana, después de vacilar un momento—, antes quiero yo preguntar una cosa: ¿Se pretende despojar a Jack de todo derecho a la explotación del funicular?

Ana esperaba ansiosa la respuesta, pero Mr. Charlie se dió cuenta en seguida de la ansiedad de la muchacha, y comprendiendo que algo anormal sucedía, prefirió obrar con diplomacia.

—En realidad, no sé a ciencia cierta cuáles son las resoluciones que ha adoptado el Consejo; sin embargo, creo poder decirle como cosa particular que se desea llegar a un acuerdo con Herrenhofer, para la construcción del funicular mancomunadamente. Pero él no ha de saber nada hasta después. Su misión es sencillamente la de conseguir que venga hasta el Sanatorio.

—Conforme. Pierda usted cuidado, dentro de pocos días estará convencido.

—Bien, señorita Dutoit, espero poder convidarla a una copa de champán en el salón de fiestas del Sanatorio. Hasta muy pronto.

TERCERA PARTE

Jack había estado inspeccionando los trabajos de sus obreros que debían abrir un paso entre dos cerros, trabajo que presentaba muchas dificultades por la nieve y el suelo rocoso, sobre el cual se mellaban los picos y se agotaban los esfuerzos de los trabajadores.

El capataz había contado a Jack que Tomás, uno de los trabajadores, hombre de malos antecedentes y muy aficionado a la bebida, aconsejaba a los demás obreros el abandonar el trabajo, manifestando a Jack la conveniencia a despedirle cuanto antes.

Jack, que ya lo hubiese hecho antes si no le hubiese atemorizado el miedo de suprimir dos brazos al trabajo, muy necesarios, pues los obreros no abundaban, decidió seguir el consejo del capataz y llamando a Tomás, se separó del grupo de trabajadores.

—Tomás, sé que está usted haciendo propaganda revolucionaria entre sus compañeros.

—¿Y qué?—respondió Tomás.

—No puedo tolerar esto ni un segundo más.

—Pues me parece...

—Cállase. Queda usted despedido, puede

pasar después por mi despacho y le abonaré su jornal.

—El capataz me las pagará, es un soplón.

—¡Idiota! No solamente queda usted despedido, sino que le ordeno que desaparezca del pueblo, esta misma tarde.

—Usted no me puede mandar eso.

—Le haré detener.

—No me haga reír; ¿quién me va a detener, la policía? Le advierto que ha escogido usted un mal enemigo. En fin, allá usted.

—Le repito que esta misma tarde tiene que marchar del pueblo, de lo contrario mis obreros le echarán a pedradas como a un perro rabioso.

Tomás miró torvamente a Jack, y le dijo mordiendo las palabras:

—Usted también me las pagará. Veremos quién puede más. Adiós.

Jack se dirigió a su casa, y en el patio encontró a su mujer, que le dió la bienvenida:

—¿Qué tal, Jack? ¿Cómo van los trabajos?

—Déjame, Elena; hay muchas cosas que no van bien.

Elena se quedó mirando a su marido tristemente. Jack se quitó la pelliza de piel, que arrojó encima de una silla, y penetró en su despacho. Allí, inclinada sobre un mapa estaba Ana Dutoit.

—Buenos días, señor Jack; ¿hace mucho frío en los picos?

—No mucho.

—¿Parece usted de mal humor?

—Sí, me estoy quedando sin hombres. A este paso, el camino no va a estar libre hasta dentro de quince días. ¡Quince días perdidos por esta tormenta desdichada!

—No se preocupe. Mire: ¿cuántos postes había calculado usted?

—Veintidós—contestó Jack.

—Pues yo creo que habría que suprimir el del río. Nada se perderá con ello, y reforzando los cables, representará un ahorro bastante importante.

—¿Usted cree?

—Sí. También tengo que decirle una cosa.

—¿Qué es? ¿Desagradable también?

—No. Es necesario que bajemos uno de estos días hasta las oficinas de la Compañía del otro funicular.

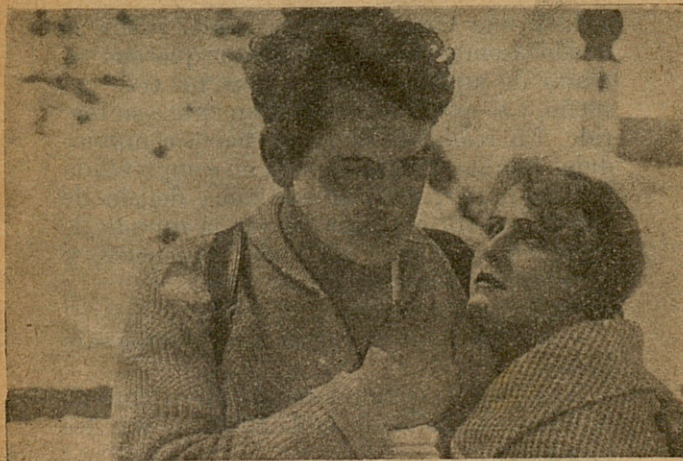
—¿Para qué? No quiero tratos con esos señores.

—Confíe en mí. Hoy he tenido noticias, y quién sabe si por fin han comprendido...

—¿Será posible? Dígame, ¿qué sabe usted? Hable.

—No se entusiasme tan pronto, hombre-ciclón. Lo importante es que tenemos que bajar al Sanatorio. Con eso nada se pierde, y quién sabe...

—Bien, Ana. Nunca le pagaré los ánimos que me proporciona. Hay momentos en que



Jack y Ana se hallaban muy juntos.

mi optimismo desaparece, y necesitaba alguien que me alentara. Gracias, Ana. Marcharemos mañana mismo al Sanatorio.

Jack y Ana se hallaban muy juntos, y aquél había cogido una de las manos de la muchacha, casi sin darse cuenta de lo que hacía, agradecido hacia aquella mujer entusiasta, que se había compenetrado con sus ilusiones y que sabía aconsejarle y animarle en los momentos de decaimiento.

En aquel momento entró Elena, que traía

a Jack una taza de caldo caliente. Elena se quedó asombrada al comprobar que sus temores de aquellos últimos días no eran un sueño, y se quedó mirando fijamente a su marido. En realidad, Elena no había comprendido. Aunque Jack se supiera no comprendido por su mujer, no por eso había dejado de amarla, y, sin embargo, al ver la mirada de reproche de Elena, no pudo contenerse, y dijo furioso, fuera de sí:

—¡Márchate, no nos molestes!

—¡Jack! ¿Qué significa esto?—respondió Elena.

Ana Dutoit, comprendiendo lo violento de la situación, salió de la habitación, con los ojos bajos.

—¿No soy ya nada para ti, Jack?

—¿Quién te ha mandado entrar aquí? ¿Contesta? ¿Qué has creído? Tus celos son completamente ridículos.

—No, Jack. Esa mujer...

—Calla. Esa mujer es la que me alienta en vez de resignarse como tú. Tú tienes miedo, y la mujer que esté junto a mí tiene que ser animosa. La empresa que he emprendido y que no abandonaré, por muchos sacrificios que esto me cueste, requiere energías sin límites, y tú jamás te has interesado por ella.

—¡Oh! ¡Jack! Jamás esperaba oír de tus labios esas palabras. ¡Ya no me quieres!

—Ahora no se trata de eso.

—Sí. Para mí esa es la única cosa que me interesa—contestó Elena, casi llorando.

—No quiero escenas, ¿entiendes? Mañana marchó al Sanatorio.

—¿Con quién, con esa mujer?

—Sí.

—¡Jack! ¡Jack! ¡No hagas eso! ¿Por qué vas a abandonarnos? ¿Y tus hijos? ¡Nuestros hijos!...

—¡No comprenderás nunca, nunca!...—exclamó Jack, que abandonó la habitación furioso, pegando un fuerte puñetazo.

CUARTA PARTE

—Papá, ¿me traerás un funicular pequeño?

—Sí, ¿y tú qué quieres?—dijo Jack a su nena, que le miraba con los ojos muy abiertos y extrañados de verle en aquel traje de camino.

—Yo quiero una muñeca—respondió la pequeña.

Jack estaba ya preparado para partir. Debía llegar hasta el funicular que le conduciría al sanatorio, y eran muchas leguas de camino a través de las nieves.

—Escuche, Ana—dijo Jack a la muchacha, que también estaba preparada—, ¿no teme usted cansarse?, el camino es muy largo.

—No se preocupe por mí, Jack. Estoy acostumbrada a skiar durante muchas horas. Además, la ida es relativamente fácil, casi todo el camino es en descenso, y esta noche podremos dormir en el Sanatorio, con el cuarto caliente y la cama mullida.

Llegó Elena y Ana se dirigió al patio. La esposa de Jack tenía los ojos brillantes de haber llorado. Se acercó a sus pequeños, y les

acarició suavemente. Después, con la voz temblorosa, dijo:

—¡Jack!

—¿Qué quieres, Elena?—respondió aquél.

—¡Jack, te lo suplico, quédate con nosotros!

—No te pongas así, Elena. Estás pasando malos ratos porque quieres. Volveré.

—¿Cuándo?

—No puedo asegurártelo. No depende de mí.

—¿Por qué te llevas a esa mujer? Ve sólo.

—No empecemos otra vez. Adiós, Elena, antes tengo que llegarme a dar las últimos órdenes al capataz.

Jack abrazó a sus hijos y besó a su mujer en la frente. Después, reuniéndose con Ana, emprendieron la marcha.

Cuando llegaron al lugar en que los trabajadores debían abrir el paso de la montaña, extrañó a Jack el verlos reunidos en un grupo. Cuando llegaron más cerca de ellos, vió a un hombre, que no era otro que Tomás, que desde alguna distancia les estaba dirigiendo la palabra.

En el momento que Jack y Ana llegaron a la altura del grupo, Tomás gritó:

—Sois unos idiotas trabajando todo el día como negros; mientras vosotros os jugáis la vida, él va a divertirse a la ciudad.

—¡Perro!—gritó Jack, mientras corría al

encuentro de Tomás. Este quedóse indeciso al ver que Jack se dirigía hacia él decidido, pero antes de que se hubiera aprestado a la lucha recibió un puñetazo en el rostro que le hizo caer en tierra.

—¡Y ahora, márchate, sino quieres que te mate, canalla!

Tomás alejóse apresuradamente, y Jack, dirigiéndose a los trabajadores, les dijo:

—¡Muchachos, voy al Sanatorio a buscar refuerzos, quizá dentro de pocos días todo se haya solucionado!

—Vaya usted tranquilo—dijo el capataz—, y si ese hombre se atreve a volver tendrá su merecido.

Jack se despidió amablemente de sus hombres, después de dirigirles unas palabras de aliento, y junto con Ana se deslizaron rápidamente por la vertiente de la montaña. Cuando llegaron a las primeras hileras de árboles encontraron al Revedendo Alberto Keieger y se detuvieron.

—¿Es verdad que te marchas?—preguntó el reverendo, después de saludarles.

—Sí, padre. Es necesario.

—¿No te acuerdas ya de lo de la avalancha?

—Me acuerdo, pero estoy cierto de que el trabajo es lo único que puede salvarnos. Voy a intentar que me ayuden y si lo consigo, todo estará solucionado.

—Debieras quedarte aquí—respondió el reverendo, pensativo.

—Padre, ¿usted no conoce ésto cuando está helado? ¡in comunicaciones, sin medicinas, aislados! ¡El único camino cegado por la nieve! ¡Es horroroso! ¡Hay que salvar esta situación y lo único posible es el funicular!

—Entonces, vas a...

—Sí. Espero que esta vez me ayudarán, y entonces cómo cambiará la vida de todos nosotros, reverendo. No se preocupe por mí, los peligros no me asustan.

—Bien, hijo mío. Es posible que tengas razón; tu fe te ha de salvar. Que tengas buen viaje. Adiós.

—Hasta la vista, padre—le dijo Jack, saludándole y emprendiendo otra vez el camino, mientras Ana le seguía silenciosa.

Las mejores

narraciones cinematográficas, solamente las encontrará usted en

Precio:
UNA pta.

EDICIONES
BIBLIOTECA FILMS

QUINTA PARTE

Cuando el reverendo llegaba al pueblo vió a un hombre que manipulaba en la maquinaria de conducción de agua de la finca de Jack. Comprendió el reverendo—quien había reconocido en aquel individuo a Tomás—que intentaba estropear la maquinaria, y acercándose a él, le dijo:

—¿Qué haces ahí?

—Supongo que a usted no debo darle explicaciones—respondió Tomás.

El reverendo, que bajo su aspecto enfermizo escondía una soberbia musculatura, cogió al malhechor por un brazo y le obligó a soltar la herramienta que tenía en sus manos, después de ello le ordenó conminatoriamente que se alejase de aquel lugar, cosa que hizo Tomás atemorizado.

Después el Reverendo se dirigió a casa de Jack, pues deseaba hacer una visita a Elena.

—¿Qué es eso, Elena? ¿Llorando? Bien está que ames a tu marido, pero no debes llorar por eso.

—No, reverendo, no es eso. Me duele que se haya ido con esa mujer. Temo que me lo quite.

—¡Elena, no conoces a Jack! Es testarudo, es verdad, pero bendita testarudez la suya que tiene por base el amor a sus semejantes. Hay que saber comprenderle, es un niño grande.

—Lo que me duele es que se haya ido con esa mujer.

—No se ha ido con ella, la acompaña. ¿Tienes alguna queja de él?

—No, padre; pero Jack no es el mismo.

—Ten confianza, Elena... Jack es un hombre y cumplirá con su deber.

Mientras Jack y Ana se dirigían a gran velocidad hacia la estación del funicular. Las filas de abetos iban quedándose atrás, y a lo lejos ya se divisaban las casas que rodeaban la estación. Llegaron pocos instantes antes de salir el tren.

—Hemos llegado a tiempo, Ana. Ojalá todo salga tan bien.

—Es un buen augurio—respondió ésta.

Una vez en el funicular, Jack se sumió en una especie de somnolencia. Pensaba en el pueblo, en el temor de que otra avalancha sepultara aquel puñado de héroes, en el resultado de las gestiones que tenían que emprender y también, aunque él no quisiera, en Elena y en sus hijitos.

—¡Jack!—dijo Ana.

—¿Qué quiere?—respondió Jack.

—¿Es verdad que las aguas del lago estaban hirviendo esta mañana?

—Es verdad. Yo mismo las he visto. Mala señal.

—¿Teme usted que tiemble la montaña?

—Sí. Ese temor es toda mi pesadilla. Sin él tendría completa fe en el porvenir, pero pensar que un día cualquiera y a cualquier hora puede hundirse todo y desaparecer, es terrible.

—No piense en eso. Contemple el paisaje. Las montañas se vuelven a esta hora azules y verdes. Todos los colores del iris se reflejan sucesivamente en sus cimas. La nieve tiene ahora mil colores distintos. ¿Ha visto usted alguna vez algo más bello?

—¡Ana, si todos fuéramos tan valientes como usted! Usted es la única que me comprende en todo momento, y la única que con su silencio sabe consolarme.

Al cabo de dos horas llegaron al Sanatorio. Más que Sanatorio era aquel un lugar de pasatiempo: un hotel lujoso que habitaban solamente algunos millonarios y algún que otro artista que podía permitirse el lujo de pagar sumas fabulosas, por la estancia en un lugar bellísimo, pero de difícil acceso.

Jack fué presentado por Ana a uno de los miembros del Consejo de Administración de la Sociedad, quien le dijo que se reunirían al día siguiente para tratar del asunto que le interesaba. Ana rogó a Jack que se quedara a



El reverendo Alberto, procuraba dar órdenes.

acompañarla al baile que se daba por la noche en el Sanatorio, y Jack, aunque de mala gana, accedió.

—¿Usted cree que con este traje no hago el ridículo?—dijo Jack.

—No se preocupe. Todo el mundo sabe que viene usted de Namlos.

—Se va usted a aburrir en mi compañía, Ana.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Soy un poco salvaje. No sé bailar.

—Déjese de tonterías, Jack. Es usted un hombre admirable. La mano de Ana se había posado encima de las grandes manazas de Jack, y éste la aprisionó. Sus miradas se encontraron y Ana bajó la cabeza ruborizada.

De pronto cesó la orquestina, y el Maitre de Hotel se dirigió a los concurrentes:

—Señores, voy a leer a ustedes un telegrama que acabo de recibir: "En la región de Namlos (Tirol) acaban de registrarse violentas sacudidas sísmicas, algunas de bastante duración. Se ignora, por falta de comunicaciones, la suerte que pueden haber corrido los habitantes de dicha región."

Jack se había puesto en pie, y su, rostro blanco ahora como la nieve de las cimas, parecía de mármol.

—Ana. Es preciso que me vaya inmediatamente. No debía haberme marchado.

—¿Pero está usted loco, Jack? ¿Cómo quiere usted irse de noche? Es una temeridad que puede costarle la vida.

—Ana, es inútil cuanto me diga. Me voy.

Fué inútil convencerle; en el hotel le proveyeron de skys y de antorchas, pues la noche era obscurísima, y Jack se deslizó por la nieve, sin pensar que su carrera loca iba a durar hasta la madrugada, si no se hundía en un precipicio o se perdía en el camino.

ULTIMA PARTE

Las primeras sacudidas de la montaña hicieron salir despavoridos a los habitantes de Namlos. El Rerevendo Alberto procuraba las órdenes para que la confusión y el desorden no fuesen tantos, pero era empeño inútil. Cuando la Naturaleza deja oír su trágica voz el hombre se siente amedrentado como un gusanillo ante una tormenta, y no es dueño de sus nervios.

—¡Padre! ¡Padre!—dijo Elena, que llegaba corriendo con sus hijos—. La montaña tiembla. La corraliza se ha hundido.

—Muchachos—gritó el reverendo a dos o tres mozos—, es preciso dejar en libertad a todos los animales del establo de Jack. Id vosotros mismos.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—gemía Elena.

—¡Calma, Elena! Al menos el ganado se habrá salvado si tu casa se hunde. Hay que confiar en Dios.

Apenas había acabado el reverendo de pronunciar estas palabras, una nueva sacudida hundió dos o tres casuehas del pueblo.

Todos los hombres del lugar se habían api-

ñado alrededor del Reverendo. A las órdenes de éste procuraron apagar un incendio que se había provocado en una choza de madera, cuando un gran estrépito hizo comprender que la casa de Jack había sido sepultada.

—¡Jack! ¡Jack! — decía Elena, desesperada.

Jack corría por las montañas, a trueque de romperse la cabeza contra las rocas o de hundirse en una sima, pero como un fervor interior oía una voz que le impelía hacia su casa.

Llevaba cerca de cinco horas de camino, y sus piernas empezaban a flaquearle, cuando las primeras luces de la mañana empezaron a iluminar los picos. Sintióse entonces reanimado y cobró nuevas fuerzas.

Era ya casi de día cuando llegó a una casa.

—¡Jack! ¡Jack! ¿eres tú?—dijo un hombre de cara rojiza y llena.

—Yo mismo, Carlos. Voy a Namlos; ya que la casualidad quiere que te encuentre en mi camino, te suplico que me acompañes, pues estoy desfallecido.

—¡Bien, Jack! Vamos. Dios quiera que en Namlos nada malo haya sucedido.

—¿Habéis notado vosotros los efectos de las sacudidas?

—Sí. Pero nada ha padecido; ojalá en tu casa todo sea igual.

Reanimado por la compañía de Carlos, emprendieron de nuevo el camino, y al poco

tiempo divisaron a lo lejos las casas de Namlos. El corazón de Jack le latía fuertemente. Una emoción dolorosa que le hizo encontrarse lágrimas en los ojos se apoderó de él y su ansiedad era infinita.

Al fin pudo ver un grupo de gentes. Era Elena y sus pequeños que habían logrado penetrar en el horno que se había salvado de la catástrofe y repartían víveres a los que habían perdido su hogar.

—¡Jack! ¡Jack!—gritó Elena.

—¡Elena! ¡Elena mía!—gritó con todas sus fuerzas Jack, mientras corría para caer en brazos de su mujer.

—¡Elena! ¡Hijos míos! Bendito sea Dios que me permite encontraros otra vez.

—¡Jack! En el fondo de mi alma siempre he confiado en ti. Sabía que nuestro amor, que tus hijos, que tu casa, que todos los sueños que aquí has disfrutado te harían volver junto a nosotros. ¿Te marcharás ahora?

—¡No. Elena! ¡Hay que volver a trabajar! Reconstruiré mi casa, estaremos otra vez en nuestro hogar, y un día volveremos a luchar por lo que es la ilusión de nuestra vida y la redención de este país.

FIN

Ediciones BIBLIOTECA FILMS

LA MÁS ANTIGUA NOVELA CINEMATOGRAFICA

¡UN MILAGRO!....

ANTES DE ESTRENARSE LA PELÍCULA
se está agotando la primera edición de la
novela

E S P E R A M E

la gran creación del ídolo

CARLOS GARDEL

ADQUIERA HOY MISMO UN EJEMPLAR

OTROS ÉXITOS

Una hora contigo - Chevalier-Mac Donald
Dos corazones y un latido - L. Harvey
Atlántida - B. Helm
El Expreso de Shanghai - M. Dietrich
Un chico encantador - H. Garai
Remordimiento - P. Holmes
Bajo falsa bandera - Ch. Susa
El hombre y el monstruo - F. March
El ídolo - J. Barrymore
Ámame esta noche - Chevalier-Mac Donald
Una noche celestial - J. Boles

Precio: UNA peseta

— PEDIDOS A —
Editorial ALAS - Apartado 707 - Barcelona

Ediciones Biblioteca Films



La más anti-
gua novela
cine-
mática



ARTÍSTICAS
INCONFUNDIBLES



INIMITABLES
SUGESTIVAS



PRECIO
1 peseta
:: tomo ::



DE DADOS A EDITORIALES "ALAS" - Apartado 707 - Barcelona